

**Discurso pronunciado por el Dr. Alvaro Navia Prado,
Alcalde de Cali, con motivo de la Imposición de la Orden
Alférez Real Santiago de Cali, al Sr. General Miguel Vega
Uribe Ministro de Defensa Nacional y realización de las
obras de Acción Cívico Militar, del Barrio Aguas Blancas
de Cali**

Es un derecho y un deber de la sociedad honrar a sus mejores servidores. Los hombres que con su generosidad, su esfuerzo, su sacrificio, su heroísmo han contribuido a hacer la vida cotidiana menos difícil, despiertan necesariamente el sentimiento de la solidaridad ciudadana. En cumplimiento de ese deber nos hemos reunido aquí, participando con todo nuestro corazón en una manifestación de apoyo y agradecimiento a nuestras Fuerzas Armadas, en la persona del señor Ministro de Defensa, General Miguel Vega Uribe, con motivo de su visita a Cali.

Colombia ha sido mucho más azotada que ningún otro país de la América Latina por una larga e implacable violencia. Violencia que ha cegado las vidas de una anónima multitud de campesinos, soldados y policías que han sido sacrificados en la más injustificada, sangrienta y cruel ofensiva contra nuestra democracia que recuerde la historia contemporánea. Sacrificio que ennoblece a nuestras Fuerzas Armadas y que es necesario afirmar no ha sido en vano. Que ha sido la vida por la defensa de nuestra democracia; que apreciamos en lo que vale la magnitud de ese aporte, muchísimo mayor que el que cualquiera de nosotros pudiera haber hecho. La vida misma, para enfrentarse a la oscura noche de violencia que, gracias a los caídos en combates y a las Fuerzas Militares no ha podido ni podrá apoderarse de Colombia.

Decía que eramos el país más castigado por la violencia en la América Latina. Cuando digo violencia no me refiero solamente a las guerrillas y al terrorismo sino además a la violencia del narcotráfico entre cuyas víctimas preferidas están los jueces de la República. A la delincuencia común que aprovechando de este desorden y del asedio y recargo a que están sometidas las autoridades, campea a sus anchas por el país. La providencia divina, que no nos podía dejar de su mano, también nos ha deparado el mejor preparado y más noble estamento militar de la América Latina. Sirviendo siempre de apoyo irrestricto al gobierno legítimo; presto tanto a la lucha como a acatar las órdenes de su jefe supremo, el Presidente de la República, de hacer alto al fuego. Nuestras Fuerzas Armadas se destacan con brillo singular por su permanente y desinteresada defensa de las instituciones, su profesionalismo, disciplina y desvelada consagración a su labor, sin dejarse tentar por las veleidades del poder. Las energías que les restan después de la lucha fatigosa, las dedica con todo fervor a la acción civico-militar como podemos apreciarlo en esta inauguración.

Yo creo que aunque muchos colombianos apreciamos y nos sentimos orgullosos de nuestros militares, el país en general no se ha dado cuenta hasta qué punto nuestra vida republicana, en tantas crisis ya hoy superadas, ha estado suspendida como de un fuerte cable de acero bien templado, de la sólida estructura constituida por la inmaculada lealtad de nuestras Fuerzas Armadas.

En un país en donde tantas instituciones han sido agrietadas por la inmoralidad, en algunos casos hasta amenazar desmoronamiento. En donde la fiebre del fácil enriquecimiento a cualquier precio se ha apoderado de tantos ciudadanos. Donde contemplamos con inmensa tristeza un panorama tan sombrío como el recientemente descrito por la más alta jerarquía eclesiástica. En donde la educación es a duras penas enseñanza, porque se ha prescindido en ella no sólo de una indispensable disciplina, sino de inculcar valores morales y religiosos, patriotismo, honor, caballerosidad y aun simple cortesía, nuestros militares continúan rigiéndose por los más

altos valores morales y sintiendo, viviendo y vibrando por los símbolos patrios: Nuestro hermoso himno nacional, nuestro escudo, nuestra bandera tricolor.

Su trabajo, su profesión, su vida entera están dirigidas a defenderlos y ponerlos muy en alto.

He meditado muchas veces en que otra, muy otra, sería la situación de nuestro país por hoy día, en todos los campos, incluyendo el social y económico, si la educación no hubiera abandonado como trapos viejos los valores ancestrales en los cuales está anclada nuestra civilización y que los militares preservan tan celosamente.

En ese proceso de inversión de valores que vivimos cuando el guerrillero se ha presentado rodeado por un aura de romanticismo como luchador por el mejoramiento social, sólo faltaba una campaña de descrédito a las Fuerzas Armadas y ella se realizó mediante la acusación de haber violado los derechos humanos de los detenidos por la inteligencia militar.

En Colombia, en donde nuestras Fuerzas Armadas han probado a través de tantos años su acatamiento a las leyes que nos rigen, es injusta, por decir lo menos, una campaña que trata de empañar su limpio nombre.

Es necesario rodear a las instituciones militares para protestar por el cargo infame de que conscientemente, como un principio de su acción hayan ordenado torturar a quienes tanto daño han causado a gentes inocentes, pero deben recibir el tratamiento civilizado que la ley dicta para su castigo.

La muy antigua admiración que profeso a nuestras Fuerzas Armadas, adquirida y engrandecida a través de la amistad que me une a tantos de sus miembros, a quienes admiro y respeto, fue la única fuerza que me animó, no obstante mi incapacidad oratoria a asumir la vocería de mi región, constituida hoy en la más amenazada por la subversión, para decirles mil gracias, valientes soldados de Colombia.